

## VI

Bajamos al vestíbulo y dejamos las llaves encima de la barra. El hospedero aún no se había levantado, o eso parecía. Miré el reloj de cuco de la pared; marcaba las ocho de la mañana.

—Muy madrugador no es —dijo Jaime.

Mi amigo, sorprendido aún al verme tan recuperado, me preguntó antes de bajar a qué se debía ese extraño olor a chamusquina que notó al pasar por mi habitación. Entre susurros, le comenté acerca de mi pequeño accidente nocturno, a lo que, y tras confesarme que también había dormido con la luz encendida pero sin pegársela a la cara, dio un respingo. "Cabrón, podrías habernos chamuscado", musitó después.

Esperamos unos segundos más, pero al ver que el tipo no aparecía, salimos del hostel. No podíamos perder tiempo.

No había rastro del sol. Grandes nubes cubrían el cielo, dejándolo encapotado y advirtiéndome de una lluvia inmediata. A pesar de ello, pude ver con claridad todos los rincones del pueblo, las formaciones boscosas de los alrededores y ese alto contraste entre verde y marrón de los encinares con la arenisca.

Mientras caminamos en dirección al coche, le expliqué el plan a Jaime tal y como lo cavilé la noche anterior.

—¿Y yo qué hago? —preguntó.

—Esperarás fuera. Tras hablar con el hijo de los Santamaría, iremos a ver al alcalde del pueblo, por si no sacamos nada en claro. Él era amigo del señor Navaes, el de la fotografía de la web, y nuestro segundo contacto más directo.

Jaime asintió y se subió la cremallera de su chaqueta tejana. Hacía frío, aunque éste era auténtico, del mundo terrenal. Yo, que sólo llevaba un jersey de lino, me froté un poco los brazos. Al llegar al coche me dirigí al maletero. Recordé que tenía una parka negra que siempre guardaba por si surgían imprevistos en mi trabajo, reuniones con algún cliente en las que mi jefe, el vasco, solicitase mi presencia.

Mientras removía entre toda la porquería acumulada del maletero, escuché una voz familiar que me llamaba. No pertenecía a Jaime, porque la otra era femenina, aunque venía de la misma dirección. Atisbé de quién se trataba al asomar mi cabeza por la puerta: era Elena. Parecía haber reconocido mi coche, que era el mismo que usé para venir a visitarla años ha. Estaba cerca de Jaime, quieta y sin intención de acercarse a mí. Vestía una bonita blusa azul estampada y unos vaqueros. Sin embargo, su expresión de pura angustia evidenciaba lo mal que lo estaba pasando.

—E... Elena...

—¿Qué haces aquí? —dijo entre susurros. Miró de soslayo hacia un extremo de la calle, como si la estuvieran vigilando—. ¿Por qué has venido?

—Ayer encontré algo por internet... Gur..., esa voz de las pesadillas, estoy del todo seguro de que está relacionado con lo que tú y yo sabemos, con lo ocurrido en nuestra infancia. —Rodeé un poco el coche para acercarme a ella, con lentitud. Me alegraba de verla y quería saludarla—. Creo que el hijo de los Santamaría puede saber algo, o al menos el alcalde...

—¡No te acerques! —volvió a susurrar—. Raúl, no deberías estar aquí...

—Escucha... —dije sin detenerme. Jaime, anonadado, no supo qué hacer y permaneció inmóvil y en silencio, con los ojos como platos.

—¡He dicho que no te acerques! ¡No pueden vernos juntos! —dijo—. Vete, Raúl... ¡Vete de este pueblo!

Esta vez sí que me detuve.

—¿Pero por qué? ¿¡Por qué no pueden vernos juntos!?

Al aumentar mi intensidad de voz, Elena acrecentó esa extraña forma de mirar hacia un lado, en concreto su izquierda. Y entonces me fijé mejor en su cara.

—¿Qué...? ¿Qué te ha pasado en la barbilla? —dije al ver un morado que se ocultaba por debajo del mentón y que se extendía por la mandíbula derecha—. ¿Cómo te has hecho eso?

Sin obtener respuesta, seguí su mirada y paré atención en la figura de una anciana que estaba en el otro extremo de la calle, observándonos. Poco después, la mujer mayor volvió a mirar al frente, como queriendo disimular, y siguió su andadura calle arriba, aunque de vez en cuando seguía lanzándonos insondables miradas.

—¿Qué está pasando aquí, Elena? —preguté sin más dilación al reparar en el detalle que acababa de evidenciar. Pero ella estaba ausente, como muy cohibida—. Elena... He venido para ayudar...

—Escúchame, no puedes hacer nada —dijo reaccionando y hablando con rapidez, y devolviéndome por fin la mirada. La anciana había desaparecido por una esquina—. No vayas a casa de nadie, no preguntes..., déjalo todo como está... Vuelve a la ciudad. ¡Vete! —Los ojos se le volvieron rojos, pero aguantó el llanto. Y es que esa forma de expresarse me recordó a lo de siempre: a su terror hacia el Niño Tiempo, o a Gurnick... sólo que esta vez no llegué a nombrar a ninguno de los dos. No fue necesario—. No pueden..., no pueden vernos juntos, no pueden...

Se dio la vuelta y, sin dejar de repetir esa última frase ni despedirse de mí, se alejó de nosotros a paso ligero y con la cabeza gacha. No tuve tiempo de reaccionar, pero no por su velocidad, sino por lo perplejo que me quedé. Jaime, también anonadado, se acercó a mí.

—¿Esta es Elena?

—Sí —contesté sin dejar de mirarla—. Ésta es...

—Pues vaya otra rarita... —dijo.

—Aquí está pasando algo muy raro...

—¿No me digas? Bueno..., ¿quieres que la sigamos?

—No, dejémosla.

—¿Entonces?

Volví con presteza al maletero, cogí la parka y dije decidido:

—Seguimos con lo hablado. Vamos a casa de Juan... Elena mejor que se quede en su casa, o en la tienda..., donde esté segura. Creo que es lo mejor... —Y cerré la puerta con estrépito, a lo que añadí—: Andando, vamos a acabar de una vez por todas con esta mierda.

—Di que sí... No quiero oír a más mocosos del más allá corretear por mi piso.

Me puse la parka y nos dirigimos calle arriba, en dirección a la chabola de Juan Santamaría. Poco a poco las calles comenzaron a estar más pobladas de gente. A partir

de ese momento, una paranoia creciente me invadió al ver a los lugareños escudriñarnos con disimulo, mirándonos con una animadversión y desconfianza fuera de lo normal. Traté de ignorarlos, poner la vista al frente y seguir adelante, pero Jaime no pudo y los siguió con la mirada. Cuando pasamos por al lado de una mujer que barría su portal, y que me sonaba de pequeño, hice lo mismo que él y me la quedé mirando. Ella era el ejemplo perfecto del extraño comportamiento de toda esa gente, pues su acción se resumió en dejar a un lado la escoba, abrir un poco la boca en señal de sorpresa y pánico, y tapársela con una mano para disimular su mohín. Acto seguido, la misma mano se la llevó al cuello y apretó con fuerza un colgante; con la otra, y ejecutando una acción parsimoniosa, se santiguó. Al dejar a la señora atrás, un escalofrío invadió mi cuerpo, y las desconcertantes palabras de Elena aprovecharon para rechinar con mucha más fuerza en mi interior: *"No vayas a casa de nadie, no preguntes, déjalo todo como está... ¡Vete!"*.